

De las Damas

Moda francesa.-Trajes de invierno.



ESTUDIO IMPOSIBLE.

I

A D. Justo de la Rebolleda considerábanle sus coetáneos como varón sapientísimo, y cuanto él afirmaba, por axiomático é irrefutable. Tenía tal universalidad de conocimientos, que con igual fortuna discurría acerca del más arduo problema político-moral, que físico-matemático; lo mismo hacía la demostración del problema algebraico más laberíntico, que argumentaba la consecuencia filosófica más obscura.

Y aquel obrero que trabaja las dos terceras partes del día, lamentábase de que éstos fueran tan breves, de que la miserable máquina del cuerpo robase á aquella otra de la



Espalda del gran abrigo.



Gran abrigo de paño y pluma



Traje de casa.

inteligencia unas horas del humano vivir.

Desde que Rebolleda tuvo uso de razón experimentó aquel insólito afán de saberlo todo, y esto, que en cualquier otro mortal resultaría ridícula y pedantesca presunción, fué en D. Justo cosa naturalísima y apropiada á su maravilloso intelecto; jamás distrajo su espíritu con nada que halagase su cuerpo; éste tenía le por mísero vaso que guardaba la divina esencia del raciocinio. Rebolleda pasó su juventud sin que el corazón le palpitase más de prisa por un pasión ó un deseo amoroso.

II

Después de leer la carta, quitose pausadamente las gafas, y reteniéndolas entre los dedos y con los brazos cruzados sobre la mesa, quedós Don Justo buen espacio de tiempo, fija la vista en un punto de su despacho, en esa actitud del hombre que se abstrae y rumia, por decir-

lo así, una lectura que acaba de producirle honda impresión.

Mayúsculo era el aprieto en que ponía á Rebolleda el contenido de la carta. Jamás le habían pedido á su ciencia cosa tan peregrina ¡y cuidado si le consultaban casos estupendos!

Que hiciera un estudio acabado de la mujer, física y moralmente considerada: esto era en resumen el ruego que le dirigía el presidente de una de las más renombradas academias inglesas. La primera parte del estudio no era para amilanar á un hombre del saber de D. Justo: la

otra sí; aquello era para él lo más endiabladamente difícil, peliagudo y engoroso.

Aquel "sumsum" de ciencia, aquel pozo de sabiduría, permaneció más de dos horas absorto, abstraído, dándole vueltas en el magín á lo de la psicología femenina. ¿Cómo escribir de esto si jamás trató á una mujer, si casi ignoraba su existencia, metido siempre entre aquellos millares de libros que, en el caso presente, para maldita la cosa que le servían? Aquella biblioteca estaba incompleta; le faltaba el ejemplar único que podría difundir luz en el

cerebro del sabio: le faltaba la mujer.

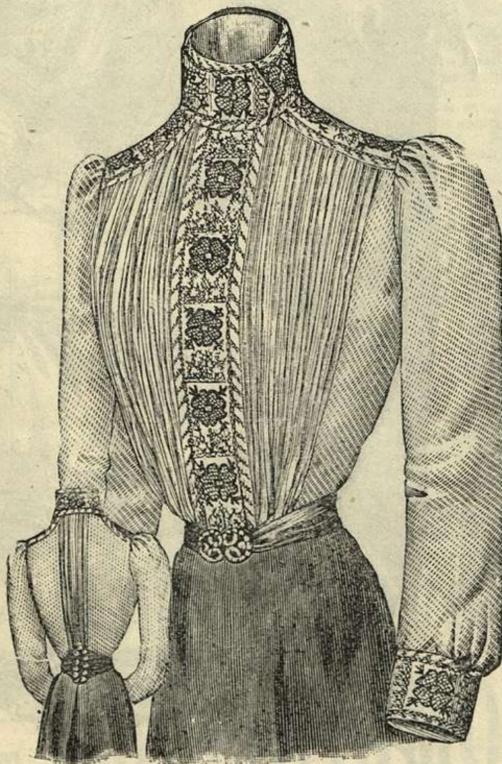
¡Los cariños, los sentimientos y los pensamientos de la Eva! ¿Y qué sabía él de esto?... ¿Y cómo iba



Espalda del traje de casa.



Paletot para niño.



Blusa para visita íntima.

á descubrir la sublime Trinidad de afectos que encierra la mujer hija, amante, madre? Murió la que le dió el sér, cuando él andaba á gatas; y después, ¿á qué hija veló el sueño ni á qué Dulcinea rindió la voluntad amorosa?... Porque para hablar del corazón femenino hay que haber convivido con él hasta el punto de haber secado las lágrimas del dolor con las de uno propio, en sus ansias, en sus luchas, en sus alegrías, en sus odios y en sus apasionamientos.

Llevado de su hombría de bien,



Trajes de casa y de visita.

Don Justo tomó la pluma, decidido á declinar el honor de escribir sobre tema para él absolutamente desconocido.

Pero la negra honrilla se sobrepuso al resquemor de su conciencia: intentaría salir de su empeño lo más airoso que pudiera; estrujaría su cerebro—esponja henchida de ciencia;—basaría sus lucubraciones en lo que la razón natural—la etena é invulnerable maestra—le dictara; comentaría las apreciaciones de los más reputados psicólogos, y aun se aventuraría á impugnar sus afirmaciones si no se ajustaban á un criterio lógico.

Puesto á revolver libros que le auxiliasen en su magno estudio, encontró tal diversidad de opiniones, razonamientos entre sí tan antitéticos y consecuencias tan fuera de lo racional y humano, que el bueno de Rebolleda sintióse agobiado, entristecido ante lo imposible que le sería formalizar juicio exacto en el problema, irresoluble á todas luces, en que se hallaba interesada su reputación científica.

Leyó á teólogos, legisladores, poetas, filósofos, humanistas, sociólogos y psicólogos: desde Moisés á Jesucristo, desde Platón á Mahoma, desde Ovidio y San Agustín á Voltaire, Goethe, Chateaubriand, Michelet, Proudhon y cien y cien escritores glo-

riosos de la edad moderna; desde Homero á Virgilio y desde éste á Víctor Hugo, el conclave inmortal de la poesía.

En la suma de todo lo escrito acerca de la mujer, Rebolleda no encontraba la homogeneidad de conceptos precisa para aventurarse á emitir un juicio concreto: el todo era un caos, un "maremágnum" espantoso. En medio de tal variedad y contradicción de textos, declábase D. Justo que, para tratar de un asunto con lucimiento, se requiere conocerlo á fondo; es decir, para hablar de la mujer se debe frecuentar el mundo, el trato social; estudiarla de "visu" por espacio de mucho tiempo. Y aun así, si se tiene en cuenta la afirmación de Michelet, de que no hay dos mujeres que se parezcan moralmente, y se recuerdan los versos de nuestro Castillejo:

No poder en esta vida
La mujer ser entendida,
Porque no se entiende á sí,

se corre el grave riesgo de generalizar un caso, de tomar por la universalidad del tipo á la excepción.

Pero cuantas más dificultades se le ofrecían, más encendíasele el deseo. ¡Ah! ¡si él fuera joven! Abriría un paréntesis en sus estudios y trataría de conocer á las mujeres. Pero, á su edad, con los ojos enrojecidos por el estudio, la cabeza como una bola de

billar, sin un mechón de pelo, la cara rugosa, las piernas no muy firmes, la boca desalquilada, ¿en qué libros de caballería iba á meterse?...

Obsesionado por esta idea, en perpetuo estado febril, veía sucederse los días sin que interrumpiese la nivea blancura de sus cuartillas ni un solo renglón que encerrase un pensamiento.

Y con el cerebro exhausto de ideas, semillas de la labor en que quería arriesgarse, metíase D. Justo entre sus sábanas y sumíase en sueño, mejor dicho, pesadilla, de la cual despertaba azorado y asustadísimo, refregándose los ojos: le parecía salir de un mundo quimérico donde ocurrían cosas estupendas, innarrables; soñaba á veces que se encontraba en su biblioteca, y que los lomos de los libros, rompiéndose silenciosos, daban paso á figuras de mujer apropiadas al teatro de donde surgían, y veía en su propio ser á las heroínas, ya reales, ya fantásticas, inmortalizadas por sus autores.

A ratos veíase D. Justo á orillas del mar, y las ondas espumosas, al desenvolverse en la playa, depositaban en ésta, como traídas en lo interior de sus concavidades acuosas, mujeres hermosas, nuevas Venus que surgían sobre la húmeda arena, resplandecientes, con risa triunfadora.

Trocábase la decoración: era un bosque poblado de árboles milenarios;

de los robustos troncos salían preciosísimas mujeres de ojos negros, brillantes y abrasadores, de labios rojos como cerezas caldeadas por el sol, de pelo negro con tonos azulinos, de cútis de nieve y rosa; aquellas mujeres eran la expresión más acabada de la belleza femenina... Y todas tendían sus desnudos brazos hacia el bueno de Rebolleda.

Metamorfoséabase el bosque y encontrábase el sabio en el centro de ilimitada planicie, sobre la que se levantaba como un mar de oro la mies madura; pues bien, los tallos trocábase como por arte mágico en mujeres que entonaban un cántico tan dulce y tierno en su ritmo, que el pobre señor sentíase conmovido hasta lo más hondo de su ser.

En fin, Rebolleda llegó á soñar que nevaba y que los revoltijeados copos eran mujeres que descendían de la altura en lenta y perezosa danza.

Aquel mal dormir del sabio era un tormento, una locura, un delirio que le hacía enflaquecer más de la cuenta: parecía una momia; su cuerpo podía servir de modelo de anatomía: resentíase el organismo, y el espíritu amenazaba sepultarse en la lobreguez de extraña vesania: la del feminismo.

Así transcurrieron días y días, muchos, y D. Justo sin dar plumada acerca del famoso y torturador encargo del sabio inglés: habíase sumido en hondas reflexiones sobre el particular, eso sí, en barajar ideas, frases y estudios ajenos; pero, en concreto, nada suyo útil, ni conducente á lo que se le pedía.

Un día por fin, Rebolleda, en un momento de gran sinceridad, cogió la pluma, y nerviosamente escribió á su colega las líneas que siguen:

"Para demostrarle mi buena voluntad en corresponder á su honroso encargo, le enviaré, Dios mediante, dentro de contados días, el estudio de la mujer físicamente considerada; en cuanto á su estudio psicológico, he de confesarle humildemente que es obra superior al talento del hombre; es como un libro en blanco: cada cual puede escribir en sus páginas lo que mejor le parezca. Necesitaríase conocer una por una á todas las mujeres, y las observaciones hechas someterlas á una estadística concienzuda, y deducir en consecuencia, cosa imposible de realizar.



Abrigo para niño de 5 años.

"Yo no he tratado á mujer alguna: por lo tanto, querido señor, si escribiera, cómo siente, piensa y quiere la bella mitad del género humano, cometería á sabiendas delito de lesa conciencia.

"Es cuanto se le ocurre sobre este asunto á vuestro servidor.—Justo de la Rebolleda."

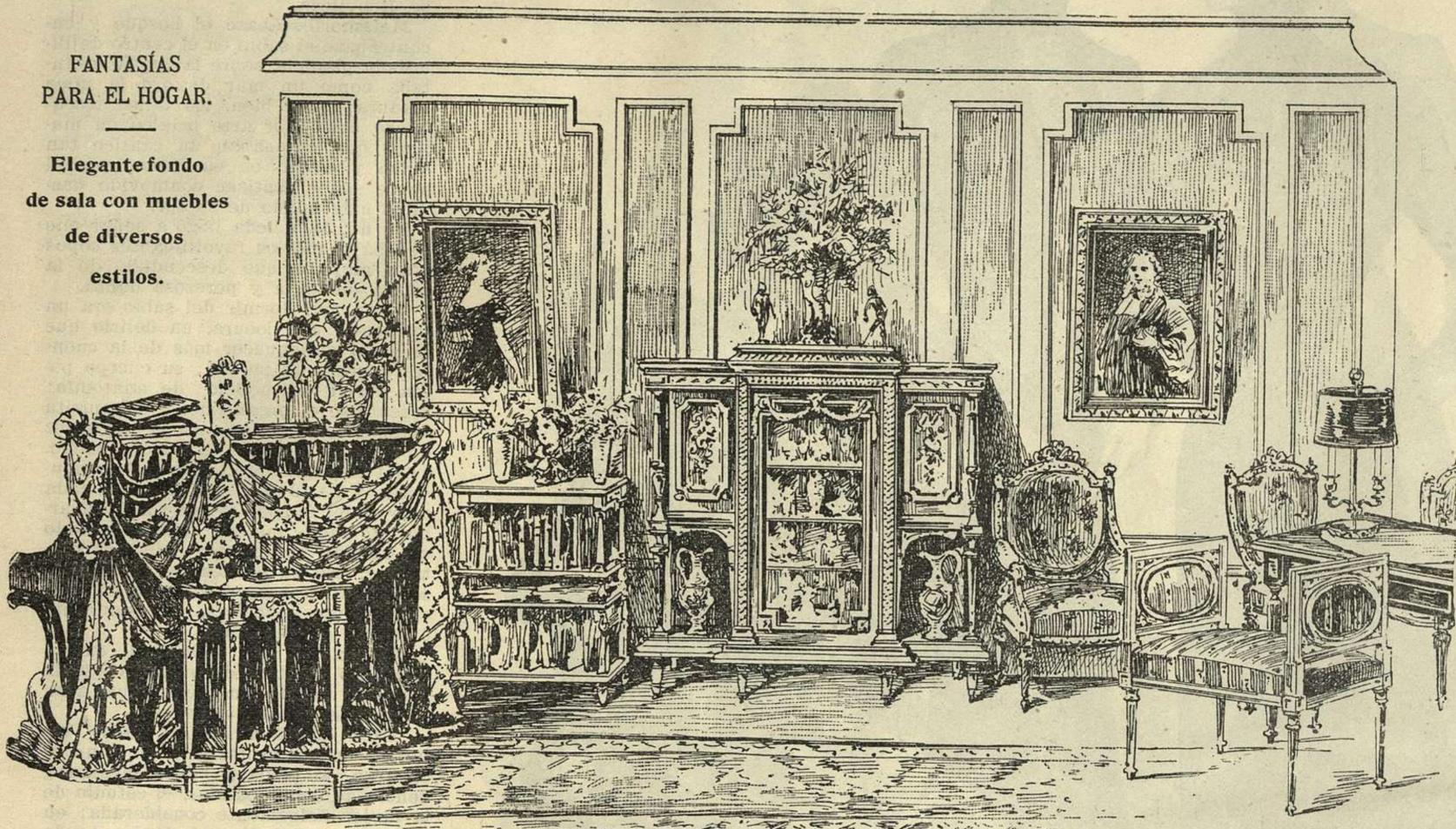
Y al firmar, nuestro sabio, suspiró muy honda y significativamente....

ALEJANDRO LARRUBIERA,

PARA EL HOGAR

FANTASÍAS PARA EL HOGAR.

Elegante fondo de sala con muebles de diversos estilos.



Florero estilo moderno

LA FAMILIA.

Nada tan sublime como la familia; nada tan elocuente como esa admirable sociedad formada por el padre, la madre y los hijos; y en consecuencia, nada tan dulce como el hogar, donde viven reunidos aquellos seres, cumpliendo sus respectivas misiones, dentro de la esfera del más puro de los amores.

En el hogar se forman los afectos; de allí surge la idea de los deberes y allí se incuban las esperanzas que un día tienen realización para aparecer con ricas galas en lo porvenir.

La mujer tiene en el hogar un puesto de suma trascendencia; aquel es su esencial centro de acción y ni las fantasías de los años floridos, ni los errores á cuya influencia suele separarse la educación de su natural cauce, la apartan de ese foco de ternura.

La mujer que brilla en el hogar puede ufanarse de responder á su destino, igualmente honrado y noble cuando lo informa la obediencia de hija, que cuando se revela con los caracteres de esposa y madre.

Vana es la gloria que se busca en el bullicio de la sociedad, y efímero el goce que su febril agitación nos brinda. Si determinadas imaginaciones lo saboréan jubilosas un instante, pronto la verdad se impone con su irresistible fuerza y exhibe la ligereza de ese

dorado mundo, rico de ilusiones que duran lo que la flor de un día; y al cabo el pensamiento suspira por la única ventura que no se marchita, por la del casto hogar.

El hogar es el punto del cual irradian todas las virtudes que nos acompañan en la vida, porque en el hogar se desarrollan, no de otro modo que si aquel fuese el mamantal que dá nacimiento á las excelencias y cualidades que elevan y dignifican.

Los lazos de la familia son tan duraderos como sacrosanto es su origen. Ella crea y fortifica los afectos más íntimos y desinteresados, que se templan en la lucha de la existencia, pródiga en sinsabores, bien que la iluminan los fulgidos reflejos de apacibles alegrías.

Con la familia llegamos á conocer el valor de las lágrimas, la significación de los sacrificios, las desgarraduras del sufrimiento cuando la muerte penetra en el santuario donde, á la manera de aves en su nido, moran nuestros padres, nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros hermanos. Todo eso aprendemos y mucho más, y fortalecidas las almas en aquella suerte de crisol, recibimos á cambio de placeres y penalidades, la experiencia que con su agotable sabiduría nos traza un derrotero seguro para que llevemos los pasos por el camino de la rectitud.

Hay algo que se llama el "espíritu de familia," y es el ideal á que todos obedecen en el hogar doméstico; el pensamiento generoso que encamina el esfuerzo de cada uno al bien de la familia, para producir el conjunto armónico indispensable de la vida en común y que ha inspirado al ilustre Lemmains estas hermosas palabras:

"La copa que llena Dios con sus dones pasa de mano en mano, y el anciano y el pequeñuelo, el que ya no puede y el que todavía no puede soportar la fatiga, y el que torna de los campos con la frente bañada en sudor, allí humedecen por igual sus labios

¿Qué mejor elogio de la familia podríamos formular?

AGUAS DE TOCADOR.

Agua de rosas.

Cógese en tiempo seco las rosas pálidas y simples, que son las más olorosas y las más comunes; se les quitan los cálices, dejando únicamente las hojas. Pónese 1 kilogramo de estas hojas en 2 litros de agua con un puñado de sal, macerándolas en el aparato, durante veinticuatro horas. El aparato se reviste con un diafragma ó con paja. Pasadas las veinticuatro horas se enciende el fuego para producir rápidamente la ebullición. El calor necesario á las destilación hincha las hojas haciéndolas subir; es conveniente que el alambique no esté lleno en más de la mitad ó á lo sumo las dos terceras partes. La destilación se continúa hasta obtener, en agua destilada, la mitad ó las dos terceras partes de la cantidad de agua añadida á las flores; así, pues, de 6 kilogramos de hojas de rosa puestas en el alambique con 12 litros de agua, se sacan 3 ó 4 litros de agua destilada.

Agua de rosas doble

El agua precedente es de un perfume agradable, siempre en relación con la cantidad de rosas empleada

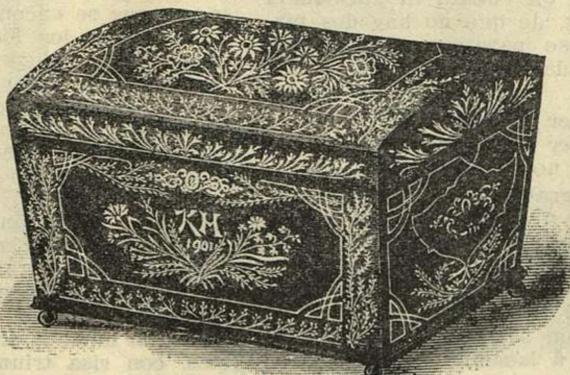
y con el esmero que se haya puesto en la operación; pero si se quiere conseguir una agua de rosas mucho más fuerte, "agua doble", es necesario poner en el alambique una segunda cantidad de rosas, vertiendo encima los 4 litros provenientes de la primera destilación y sacando para una tercera destilación los 3 litros que resultan. Es prudente vigilar muy de cerca este trabajo para que no se extreme demasiado la destilación, pues extremándola, tendría el agua un olor inconveniente.

Agua de canela.

Se coge canela de la mejor calidad; se pone en agua durante algunos días; cuando está suficientemente blanda y empapada, se principia la destilación; 1 kilogramo de canela debe dar por 4 litros de agua destilada.



Escritorio para dama.



Joyero incrustado.



Escritorio para dama, cerrado.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VIII--TOMO II--NÚM. 25.

MÉXICO, DICIEMBRE 22 DE 1901.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem. Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



COQUETERÍA.

Cuadro de Gabriel Max.

EL ESPEJO DE MIRTA

[Traducción especial para EL MUNDO ILUSTRADO.]



Había mucha más facilidad en el mundo de la que ahora hay, en el tiempo en que aún existían las hadas. Entonces sí que se realizaban los deseos que se formaban los corazones buenos y sencillos. Entonces se tenía fé en los palacios de pórfido en los pavimentos de diamantes, en los jardines encantados. Al golpe de una varita mágica, se abría entonces la tierra para sumergir á los perversos y el cielo era surcado de carros ligeros y graciosos. La último hada murió el mismo día en que fué destruido el postrer don que ella había hecho.

Parece que la lucha empeñada antes de la creación del mundo entre las hadas buenas y las malas, había acabado casi con toda la sublime cofradía. Las hadas malas que sobrevivieron, pudieron ya darse por entero á las dañinas ocupaciones, propagando entre las gentes cuanto á ellas les quedaba de malas mañas y de vicios.

Una de las hadas buenas, la sola que quedaba, gracias á que se había sabido sustraer á la adversa suerte de sus hermanas, se había refugiado en una aldea llamada Rosental, donde vivía también una huerfanita de hermosura maravillosa. El hada resolvió educar ella misma á Mirta, que así se llamaba la huerfanita, y hacerla, en cuanto de ella dependiese, heredera de su varita mágica y de su poder.

Mirta, aparte de que, como ya advertimos, era en extremo bella, estaba dotada d suma sensibilidad; á la menor cosa se le llenaban de lágrimas los ojos. El hada solía decir que el corazón de Mirta era como la almohadilla en que penetran sin dificultad los alfileres. Había, sin embargo, una diferencia, y era que el corazón de Mirta sangraba con cada picadura.

Mirta llegó, sin cambiar de sentimientos, á los diez y seis años de edad, época en que debían comenzar para ella las pruebas.

—Madre, le dijo Mirta al hada, ¿en qué consiste que Rosa, Margarita y Julia gozan tanto, según parece, cuando conversan con los jóvenes y cuando bailan con ellos?

—Aguarda seis meses, le contestó la hada.

Seis meses después, Mirta encontró á las tres niñas citadas hechas tres mares de lágrimas, porque los jóvenes con quienes antes gozaban en conversar y bailar, se habían casado con otras.

—¿Y son igualmente inconsecuentes todos los hombres?—preguntó Mirta.

—Ya contaba yo con que habías de hacerme esa pregunta. Tu curiosidad es muy natural, y hé aquí que tengo para tí este espejo, en el cual podrás ver á cada uno de los que te hablan de amor, tal como estará al cabo de un año. Vete que ya eres libre de conversar y de bailar con quien quieras.

Al día siguiente era la fiesta del pueblo.

Un oficial invitó á Mirta, la cual lo encontró muy de su gusto.

La hizo sentarse en el cesped, y le declaró que jamás había visto persona que le agradase tanto como ella, y que sería el más feliz de los hombres si conseguía agradaarle.

Mirta recurrió á su espejo y vió en él al oficial entregado en un todo á sus armas, á su caballo, á su uniforme de parada y completamente desatendido de ella.

—¡Gracias! le dijo entonces, y se fué de su lado.

Espantada, y al mismo tiempo llena de curiosidad, le hizo multitud de preguntas al hada.

—Mira, le contestó el hada, mira ese rayo de sol que atravesando el follaje del bosque, va á iluminar nuestra morada. La mesita de encina que allá tenemos, parece incrustada de diamantes. Nuestra silla está como sembrada de pajas de oro, y nuestras cortinas blancas semejan telas de luz. Aguarda á que el sol se retire. Los diamantes, las pajas de oro, las urdimbres de luz se desvanecerán como un sueño: mesa, sillas y cortinas se irán cubriendo de luto, y la vivienda entera será envuelta en melancolía. Lo que el sol hace, lo hace también el amor; ilumina cuanto toca. Todo es que el sol pasa y la sombra vuelve, vuelve más profunda para el lugar que el sol había iluminado. Todo es que el amor pasa y la soledad vuelve más triste para el alma que el amor había poblado.

Mirta sintió tristeza y no quiso insistir en el particular.

Días después, acercóse á ella en el camino de la ciudad, un joven magníficamente vestido.

—Vuestros piés, la dijo el joven, cuando hubo entrado en conversaión, son tan pequeños, que no sé cómo sirvan para andar; vuestra tez es tan blanca, que el aire del campo podrá ajarla. Si quereis escucharme, yo os daré un retrete ornado de tapices preciosos, y paseareis en carrozas y tendreis lacayos que os sirvan.

Mirta recurrió á su espejo. En este vió agentes de policía que sacaban del retrete los tapices, y que se llevaban la carroza para pagar las deudas del joven. Hizo pues á este una cortesía y se alejó, sin entrar en explicaciones.

Cuántas veces, en circunstancias análogas, volvió á consultar su espejo, éste volvió á mostrarle la terrible realidad que le mataba el encanto en el alma y no le dejaba en ella sino cenizas y pesares.

La satisfacción de conocer los dolores de lo porvenir, le llegó á parecer más amarga que la ignorancia.

Aproximábase Mayo. Las flores volvían con el sol. Los cantos de las aves volvían con el sol y con las flores.

Desde su ventana, Mirta veía pasar á las demás muchachas que iban alegres, dejando volar al viento sus velos y sus bandas. En el prado vecino se oía la música de los juegos y las danzas. Todos los habitantes del contorno estaban allí divirtiéndose.

Cuando Mirta salió y los jóvenes le dirigían sus cumplimientos, ella no reía como antes. Causábale pena no poder darles fé á sus palabras. La ilusión se le escapaba. La realidad le abrumaba. Sentía que se le venían como llamaradas al rostro, y sufría estrechamientos en el corazón. Cada vez que consultaba el espejo, se le pintaba la angustia en los ojos y las lágrimas se le salían.

Andando el tiempo, una paloma que ella había criado, se le huyó para el bosque. Mirta lloraba á esta amiga perdida, cuando un cazador vino á traerle la paloma fugitiva.

—Mirta, le dijo el joven, porque el cazador era joven y de dulce apariencia, aquí os traigo vuestra paloma, que encontré perdida. ¿Qué me daréis por ella?

El cazador se puso de rodillas delante de Mirta, y fijó en los de ella sus ojos enamorados.

Mirta le tendió la mano al joven y arrojó al suelo é hizo pedazos el espejo, pensando para sí: "Mal haya el mal amigo que no ha sabido mentir!"

Entonces se oyó distintamente un suspiro. La última de las hadas acababa de morir.

Aureliano Scholl.

EL DESCONOCIDO.

El viejo Medrano, que había llegado al punto culminante de su narración, aproximó su silla aún más á la mía, hasta tocarnos las rodillas. Su larga cara de caballo trabajado, adquirió una expresión de grave melancolía bajo la mirada enfermiza de sus ojos, habituados á los espectáculos de la miseria y de la muerte. Era teniente desde los comienzos de la guerra del Pacífico. Un pobre diablo de cerebro reducido, y rudamente castigado por el hambre, que jamás había saboreado la dulzura de una situación tranquila y desahogada, quedándose rezagado en medio del atropellado encumbramiento de sus compañeros de cuartel. Ahora merodeaba con el aire cohibido y macilento de un mendigo, por los pasillos y corredores de palacio.

Me contaba un episodio de la batalla de Tacna, con su voz asmática de tísico, entrecortada por secos golpes de tos.

—... Cuando volví en mí, era de noche. Yo estaba tirado de espaldas y miraba el cielo negro y vacío, sin darme cuenta de nada. Poco á poco se fueron aclarando mis ideas. Recordé la batalla; el ruido de la fusilería y de los cañones que empezaba á repecutir en mi cráneo; la sangre que manchaba los uniformes; los muertos acostados en posturas violentas; la lucha tenaz y obstinada, y, en fin, la derrota, que presencié sin poder moverme, crucificado sobre el suelo, con el dolor espantoso de la herida que acababa de recibir en mitad del pecho. Grité, en mi desesperación, en mi loco terror del abandono y de la muerte; pero la vida se iba escapando con los borbotones de la sangre que corrían por mi pecho, y así, con los ojos entreabiertos, me fuí desvaneciendo; en tanto que la acción de los piés que huían levantando polvo y ro-

zando mi cara, se iba poniendo lejos, muy lejos...

El dolor de mi herida me hizo volver de mis recuerdos. Y sentía sed, una sed de condenado que me quemaba la lengua y la garganta. Tal era la sed, que olvidaba por ratos el ardiente infierno de mi herida. ¡Agua! ¡agua! por Dios! Hice un esfuerzo increíble y me volví de lado, sintiendo desgarrarse el corazón y los pulmones y correr un frío de hielo por los huesos. En esta posición permanecí un rato, cuando ví, aterrorizado, que de entre de los muertos que me rodeaban, se levantaba lentamente una sombra. Yo soy supersticioso y creo en las apariciones... ¡No se sonría usted!... Me quedé clavado de codos en el suelo, inmóvil, y con la angustia de la muerte en el alma. La sombra avanzó hácia mí. Yo la miraba acercarse, agonizando lentamente. Me habría muerto á durar aquello un minuto más; pero aquella sombra era un hombre que se inclinó sobre mí y me dijo en voz baja y amigable:

—¡Compañero! Vámonos de aquí, porque, si se nos descubre, seremos fusilados. Si usted no puede marchar, yo le ayudaré. Yo no tengo ninguna herida; me hice el muerto para salvarme en la derrota. No hay nadie, vámonos.

—¡Agua! ¡agua!—exclamé, hincando las uñas en la tierra.

Quitóse la cantimplora y me dió de beber unos cuantos tragos.

—Suficiente; después beberá usted lo que quiera; ahora, podría matarle un trago más.

Y en seguida, asiéndome de los sobacos, me puso en pié; luego, hizo que yo le abrazase del cuello, y él rodeó mi cintura con uno de sus brazos; así caminamos unas cuadas. Nos detuvimos, me hizo beber una pequeña cantidad de agua, y continuamos, haciendo cada cinco minutos una parada igual. Mi anhelo por salvarme era tan grande, que me sobreponía á mi dolor y á mi decaimiento mortal y continuaba andando con mis pasos trémulos de resucitado.

Ignoro cuantas leguas anduvimos hasta que el alba empezó á aclarar las lejanías del horizonte.

Llegamos á una choza escondida entre un macizo de árboles. Un perro saltó ladrándonos, y tras él un hombre anciano, á juzgar por su voz cascada.

Le pedimos hospitalidad en tono tan desesperado, diciéndole quiénes éramos, que accedió gustoso y á condición de ocultarnos en otro sitio donde estaríamos á seguro. Mi compañero se adelantó.

—Ocúltelo usted á él solo, como si fuera su hijo, y Dios le premiará; yo me sigo de largo.

Miréle sorprendido y pude hablarle débilmente.

—¡Cómo! ¿Se va usted?

—Sí, me voy. Usted está salvo, y yo necesito trotar bastante para llegar á mi casa.

—¿Y dónde está su casa?

—Muy lejos, en Cochabamba.

Luego me abrazó y me dijo:

—He hecho por usted lo que se hace por un gran amigo. Le he librado de la muerte. Está usted salvo, y ahora, adios.

—¡Pero, siquiera su nombre!—exclamé en medio de la sorpresa que se apoderaba de mi confuso cerebro.

El se detuvo para contestarme estas breves palabras que jamás olvidaré:

—¡Mi nombre! ¿Para qué? Si ya no nos hemos de encontrar en la vida.

Y se perdió entre el macizo de los árboles.

Y, en efecto, ya no me he encontrado con él, con el más grande amigo que he tenido durante una noche; y si nos encontrásemos, nos cruzaríamos sin mirarnos siquiera, como dos desconocidos.

Aurelio Arnao.

AL CARBON.

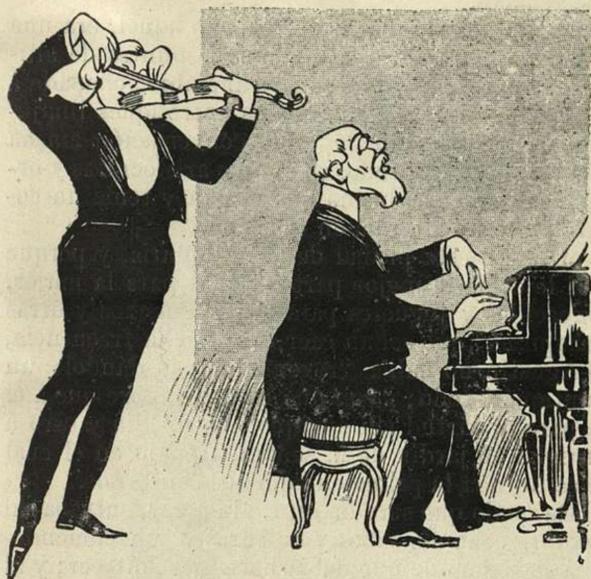
Bajo las ramas de copudo roble
Y entre las ondas de negruzca charca,
Blanco nenúfar, como débil barca
Se balanceaba sobre el tallo doble.
Cerca del bosque, en actitud inmovible,
Viejo león, cual vencedor monarca,
A los dominios que su vista abarca
Dirije ufano la mirada noble.
Cae la lluvia; en la arenisca ruta
Abre su boca sepulcral caverna
Cuya sombra brillante la llovizna.
Y una leona, con la piel irsuta,
En su recinto lóbrego se interna
Mordisqueando de yerba húmeda brizna.

Jullán del Casal.

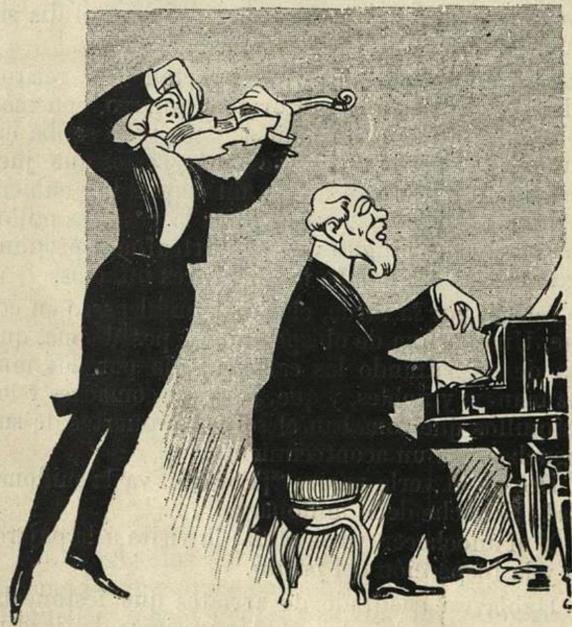
UNA NOTA ALTA.



- 1 -



- 2 -



- 3 -



- 4 -

Sobre el poeta, el dolor y la vida.....

Constancio: el hombre fuerte, vencedor de sí mismo, es el que, ante el espanto de la Sombra, el abismo atraviesa, tranquilo, de la negra Miseria, y triunfa y de sus sueños proscribe la Materia.

El Dolor, este esclavo de la triste Materia, y el Poeta, esta víctima de la infame Miseria, no se hermanan: la Vida les junta en el abismo del Silencio y el Caos; mas su fin no es el mismo.

II

La vida no es la dicha, ni es el dolor; es todo: odio y amor á un tiempo, idialidad y lodo. Si el Dolor es su fruto, el Placer es su estrella; y glorias y miserias, todo se encuentra en ella.

El Poeta,—humano astro que la guía,—es en ella, Sol en sus días tristes, en sus noches Estrella; y su luz, que es el alma que la limpia del lodo, la asciende hacia las cumbres ideales del Gran Todo.

Tal, Constancio, el Poeta, vencedor de la Muerte, del Dolor, de sí mismo y de la obscura Suerte, es en la Vida el "astro de su propio destrino" y el guía de los otros en su eterno camino....

Mario Centore.

MANOS BLANCAS.

Manos blancas,
 manos puras,
 Manos de curvas triunfales
 Y de alburas ideales,
 Y encarnaciones liliales...!
 Manos de mi novia muerta
 Que ayer fuistéis mi delirio
 Y ahora sois mi martirio
 ¡Manos de color de cirio...!
 Divinas manos de reina,
 Manos de inviolada albura
 Que dentro la sepultura
 Marchitaron su hermosura.
 ¡Ya la tierra avara os cubre...!
 De mi pena en los excesos
 No me daréis ya embelesos
 ¡Manos que ungi con mis besos!
 Ya nunca sobre mi frente
 En mis horas dolorosas
 Os sentiré... ¡silenciosas!
 Fugitivas mariposas...!
 Ya, palomas desbandadas,
 Habéis emprendido el vuelo
 Lejos del mundano suelo
 Lleno de sombras y duelo...
 Manos blancas...
 Manos puras,
 Manos de curvas triunfales
 Y de alburas celestiales
 Y encarnaciones liliales...!

Ana Maria Valverde.

MELANCOLÍA.

Hay una hora solemne en que, después de haber atravesado las primeras etapas de la vida, el hombre echa atrás una mirada y recoge en el prisma de sus ojos el horizonte que dejó.

El alma recuerda. Es hora de melancolía. ¿Dónde está ese horizonte? En el fondo oscuro de la memoria, envuelto en penumbras de crepúsculo.

Pósas la frente entre las manos; el espíritu se reconcentra en sí mismo, y el rayo de luz del pensamiento desciende y rompe la tiniebla de simas profundas.

Bajar á lo recóndito del alma, es algo parecido á visitar un cementerio en las horas calladas y melancólicas en que el día se va y la noche está próxima.

¿Quién pudo definir esa visita al camposanto? Penetra uno en el recinto de la muerte, donde encuentra apenas las señales del lugar en que reposan seres queridos. Hay allí una lápida con borroso letrero ó tosca cruz que extiende sus brazos en los cuales se enredan las flores de los sepulcros.

También lo pasado es sitio de muerte. También allí hay cadáveres.

Como, al penetrar en una mansión ruinosa y abandonada, despiertan los vampiros perezosos, que aletean en el aire y en torno nuestro zumban, tal surjen los recuerdos escondidos en un lúgubre

rincón de la mente, donde negra araña se ha hospedado y tiende sus hilos invisibles.

Los recuerdos... ¿Y qué es un recuerdo? Ale-tazo súbito; fantasma que nos mira silencioso y que convoca á otros y forman ronda funeral; murmullo de voces que vienen de ultratumba; alguna vez, pálida estrella en el fondo negro del cielo.

No sé si hay padecimiento ó goce en recordar. Nó! sin duda es dolor! Y más aún en hora de tristeza, cuando lo pasado fué mejor que lo presente; cuando el corazón encuentra su inocencia perdida y los labios han olvidado la plegaria; cuando en el hogar de nuestros mayores ya no están todos, ya no estamos todos, porque alguno fué sorprendido por la ausencia y la muerte.

Vienen á la memoria los triunfos, los que en la edad del entusiasmo fueron fruición gratisima, y ahora... "vanidad." La gloria? ¡humo... nada! Y más cuando no hay quien se regocije con nosotros por el laurel que acaso la suerte ofrendó! ¡Oh, Poesía, llama sagrada! ¿tú también te apagas en el cerebro y en el corazón?

Y de todo; apenas queda el rizo de la madre y el de la novia, símbolo de dos grandes amores, en la estrechez de un relicario; las cartas amorosas de aquella, las flores ya secas de ésta; y entre las hojas de la corona triunfal, una araña, símbolo tal vez del desencanto, que vive allí tejiendo sus hilos invisibles.

Isaías Gamboa.



- 5 -



- 6 -

MEDICINA CIENTÍFICA Y MEDICINA EMPÍRICA.

La última discusión de la Cámara de Diputados á propósito de la libertad de profesiones, se concentró toda ella en el ejercicio de la medicina, en el cual parece especialmente grave y delicado dejar al empirismo y al charlatanismo un campo de acción un poco vasto. A primera vista y por el sólo razonamiento se colige que, siendo la salud el más estimable de los dones y la vida el más preciado de los bienes, confiarlas á la audacia del charlatán ó la ignorancia del empírico, á tanto equivale como á comprometerlas y á conspirar contra ellas y que confiar la cura de cuerpos á quien nada sabe ni nada puede para ejercerla, es lo mismo ó peor que confiar un banco á un maniroteo, una inocencia á un perdlario, ó un valioso depósito á un torpe ó un bribón.

Un poco de observación y un somero estudio de la historia del arte médico, no tarda en convencer de que, sin dejar de ser reales los peligros y positivos los males que resultan del empirismo médico, son en realidad menores de lo que parecen y comparables en todo á los estragos, no menores, que han producido ó debido producir en la humanidad, las doctrinas y las escuelas médicas mismas, que sucesivamente han imperado en la ciencia y se han impuesto á las prácticas más eminentes.

Desde luego es evidente, que si la mala terapéutica ó la falta de ella fueran á la humanidad tan funestas como se supone, si cada enfermedad exigiera práctica y necesariamente un tratamiento, y si á la cabecera de cada enfermo fuera indispensable un médico sabio, experimentado y eminente, hace buenos siglos que la humanidad hubiera desaparecido del planeta.

Cuando se piensa que durante una interminable sucesión de siglos los hombres no han tenido, para mitigar sus dolencias, más que brujas; para cuidar de su salud, más que astrólogos y para precaver y salvar su vida, más que curanderos, empíricos y herbolarios; cuando se reflexiona que en las grandes epidemias, las pestes asoladoras, las plagas mortíferas han sabido tener como colaboradores á los empíricos y á los médicos; que los "sistemas" han hecho en ocasiones una labor homicida y que aun hoy, el secreto de la naturaleza y causa de la mayoría de las enfermedades, se nos escapa, y más aún, los medios de combatirlas, se acaba por convenir en que así como hay un día para los ebrios y otro para los enamorados, así debe de haber uno para los enfermos.

Dios da el frío según la capa, dice el refrán, y puede decirse que también da la salud y la resistencia vital, según las doctrinas y prácticas médicas imperantes y que tal parece que nuestra vida es más frágil y percedera en los medios más sabios, y más "dura de roer" y más poderosa en los medios y en las épocas de culpismo y de superstición médicas.

El cinturón eléctrico, las píldoras más ó menos doradas ó plateadas, los emplastos milagrosos y la saliva prodigiosa de nuestros días, son "tortas y pan pintado," meros juegos de niños de la terapéutica, al lado de las escuelas médicas de otros días. Broussais, médico eminente por tantos conceptos, predicó muchos años que toda enfermedad era inflamatoria y que todo tratamiento debía ser antinflagístico y debilitante, y causa terror á los terapeutas modernos reflexionar en que á fuerza de purgas y sangrías se trataran los tifos y las pulmonías de otra edad. Bouilland tenía como tratamiento predilecto las sangrías repetidas, y á veces hasta la "sangría á blanco", es decir, hasta que las venas no daban sangre, y no deben ser pocos los epitafios calzados con su firma. Los partidarios de la digital, á juzgar por lo que han opinado sus sucesores, los "dilletantis" del tártaro emético y otras zarandajas, no fueron sino asesinos á mansalva y de patente, lo cual no obsta para que después de una voga exagerada seguida de un desprecio olímpico, la digital, á altas dosis, vuelva un poco á estar de moda para el tratamiento de las enfermedades que se decía agravaba y desenlazaba de un modo funesto.

"Usad de este medicamento mientras cura", decía un clínico escéptico y burlón á sus discípulos. Cada producto farmacéutico, cada droga tiene, en efecto, una época de auge, un período de eficacia, durante el cual ninguna otra la supera y á poco,

destronada y olvidada, llena de canas ó de rugas, se ve suplantada por otra que correrá á poco andar la misma suerte.

Uno de nuestros más eminentes clínicos recetaba invariablemente pozuelos tartarizados á cuanto enfermo le caía á la mano, fuera cual fuera su enfermedad; otro, y no menos inteligente y famoso, propinaba siempre calomel á sus pacientes, y ocho días después de encargarse de una sala de hospital, ya cada enfermo tenía su cáustico, cuando no tenía dos. El vomitivo fué la panacea de la pulmonía, las vegigas de hielo el supremo recurso en el tifo. Fué un delito alimentar á los febricitantes, y hoy lo es no recetarles filete con hongos. Kenelt Digby no se andaba con dianas, en vez de curar las heridas aplicaba apósitos y "povos simpáticos" á las armas que las habían causado. El azafrán fué preconizado contra la histeria porque su color se parece al de la bilis; la caña fístula curaba los males del intestino porque es hueca como él; las oftalmías desaparecían como por encanto bajo la influencia de esa semilla que parece un ojo de venado, y las madres de familia ponían gargantillas de coral á sus hijos para precaverlos de los accidentes de la dentición.

Esos eran los buenos tiempos de la terapéutica; las boticas vendían como pan caliente el unto de ahorcado, los ojos de cangrejo, la hiel de serpiente y otras mil panaceas; cada receta parecía letanía ó catálogo de drogas; la triaca, tan famosa, constaba de sesenta y tantos ingredientes, fuera de música y acompañamiento. Los enfermos, entre tanto, morían en la proporción reglamentaria.

De todo lo cual se infiere que, salvo los progresos de la cirugía aséptica y antiséptica y la acción de tal ó cual suero preventivo ó curativo, todavía sucede que las enfermedades se curan ó los enfermos se mueren con el tratamiento, sin el tratamiento, y á pesar del tratamiento.



BOCETO.

Es un Don Juan que envanece ostenta
Nobleza rancia, heráldicos blasones;
De burlados y heridos corazones
En las lides de amor, perdió la cuenta.

Los lances busca y el amor le alienta,
Y tuvo siempre, en riñas ó salones,
La voz dispuesta á modular canciones,
La espada pronta á castigar la afrenta.

Le hacen reír venganzas de maridos,
Y de padres celosos y ofendidos
Las iras burla,—¡su valor le abona!—

Y confiado en su dama y en su suerte,
Seren y firme le hallará la muerte
Empuñando la cruz de su tizona!

Enrique González Martínez.

SONETO.

¡Ella es mi redención! Tras pena tanta,
En un mundo de goces me despierto;
Y nunca más encontrará mi planta
En camino sin fin, mar ó desierto.

Un velo en mi pasado se levanta,
Y diviso el fanal que anuncia al puerto;
Ya la noche pasó: la alondra canta,
Y reviven las flores de mi huerto.

¡Dentro el palenque la fortuna es mía!
¡Dichoso el luchador que ama y confía!
¡Qué gloria es, cuando el alma no se abate

Con las angustias del destino rudo,
Dejar, tras las faenas del combate,
A los pies del Amor arma y escudo!

Quirino Ordáz.

PENSAMIENTO Y CORAZON.

I

Cada vez que Agustín ponía el pié en aquel aborrecido palacio, se le subía la sangre á la cabeza, se irritaba como un lobezno con hambre, y le venían al pensamiento las ideas más malas. Y al tocar sus manos callosas el llamador de la campanilla, tan limpio, tan dorado, tan reluciente, las tiraba de golpe, como cuando se toca un bicho repugnante. Su sangre caliente de siervo campesino le hervía en el cuerpo con oleadas de calentura; todas sus penas de cavador silencioso y resignado le salían á la cara, dándole un aspecto de criminal feo; todos sus soliloquios de esclavo sin ventura, dichos al compás de los azadonazos, resurgían briosos y avasalladores, cuando el jornalero se veía solo en aquel portal lujosísimo, frente á frente con mármoles y pinturas, cara á cara con las costosas estatuas de dioses paganos que, dando la guardia de honor en el soberbio pórtico, le miraban compasivamente con sus ojos sin pupilas, inmóviles, fijos, tenaces.

La millonaria, dueña del palacio aquel, era una señorona por todo lo alto, con sus puntas de altiva matrona y sus ribetes de ricahembra; chapada á la antigua, muy pagada de sus entronques linajudos, de gustos refinados y de conversación amena y culta; pero con todos sus pujos aristócratas y orgullosos, era más buena que el pan y tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

Mirando esta piedad de la millonaria, y porque á él le cabía le mejor parte—ropas para la mujer, dulcecillos y juguetes para los muchachos y otras "chapuzas" que solían caer con mucha frecuencia,—Agustín no había "reventado" ya, dándole un puntapié á todo; y con una mansedumbre que á él le parecía virtud sin ejemplo, iba un día y otro á arreglar el jardín de la señora, trabajo en el cual él se llevaba la palma en aquellos contornos.

De modo que sucedía esto: al entrar, entraba mi hombre echando sapos y culebras y convenciéndose á sí mismo de que debía hacer y acontecer; y al salir, como salía casi siempre con algo en las manos—ya ropas, ya calzado, ya comestibles,—iba diciendo que la señora valía un Perú; y dejaba la "degollina", el odio y el exterminio para el día siguiente.

La señora hacía una vida apartada, de retiro; misa temprana en el oratorio; almuerzo, con más de aparato que de substancia, pues todo se iba en que media docena de criados, más serios que jueces, traían y llevaban un sin fin de platos y cubiertos que no servían para maldita la cosa; la millonaria, sin que ningún doctor Tirteafuera pronunciara el "absit", dejaba los manjares intactos.

Luego, por la tarde, el sacramental paseo en coche. Una berlina de obispo, ancha, pesadísima, que iba desempedrando las calles tirada por dos mulas mansas y nobles, y que, para las comadres y los chiquillos que tomaban el sol á las puertas de sus casuchas, era un acontecimiento.

Decían al verla pasar: "¡Por ahí va la millonaria! ¡El coche de la millonaria!..."

Y al anochecer, ya se sabía; la visita á la pajarrera y la inspección del jardín.

Había un cuadrado de arriates que festoneaba las cuatro paredes altas y blanquísimas del jardín. En ellos, la mano hábil de Agustín ordenaba y seleccionaba las flores "de la tierra", combinando primorosamente toda una gama de colores maravillosos; claveles encarnados entre rosas blancas; geranios con manchas oscuras entre pensamientos de un violeta suave; alhelíes de tonos amarillos y rosas de Pasión de verdinegros matices. Y á cada soplo del airecillo del anochecer, aquella almáciga de tallos primorosos movía sus penachos de colores, con delicadezas y elegancias de cuerpos de andaluzas.

En el centro del patio la pajarrera alzaba su enrejado de varillas relucientes; allí se columpiaban formando una algarabía chillona loros y guacamayos, con sus plumajes verdes y rojos; tórtolas grises que arrullaban constantemente; vencejos de pechuga blanca; oropéndolas de collar negro; y volando de acá para allá, candorosamente, como si estuvieran á sus anchas en las alamedas del ribazo, los pintados colorines sacudían sus alitas irisadas, cantando á grito herido delicados arpegios á una libertad ilusoria.

La millonaria iba de un lado á otro, recogiendo la cola señoril de su vestido negro, y dando órde-

nes al paciente Agustín que, con las tijeras de poder en las manos, aguardaba la menor indicación.

—Esos claveles están muy espesos; estas azucenas necesitan un tijeretazo; aquellos alhelíes están pidiendo á voces un recorrido . . .

Y Agustín, ¡tras, tras! le daba á la tijera . . .

II

Así estaban las cosas, cuando de la noche á la mañana, se dejó caer por el pueblo nada menos que el compañero González, famoso orador socialista, nuevo apostol de un credo novísimo que—según él—se había metido en el bolsillo del chaleco á Pablo Iglesias, á Perezagua y á “tutti quanti.” El famoso González “se traía” cada argumento que temblaba el mundo. Nada de chillar, ni de alborotar, ni de pasarse la vida clamando estérilmente. La cosa era “hacer” y no “decir:” irse derecho al bulto. ¿Qué, que los ricos no nos dejan vivir? Pues nada, “compañeros”, con matar á los ricos y no dejar ni uno para semilla, se arregla todo. Dejarse de oratoria; nada de discursos. A lo práctico . . .

ligro, los hombres, con cántaros de agua, con piquetas, con azadones, corrían calle abajo.

En los grupos se oía decir con terror: “¡En “ca” la millonaria ha sido! ¡En “ca” la millonaria! . . .”

Cuando llegaron los jornaleros ante el palacio, el fuego había tomado alas y el humazo y la polvareda del escombros llenaban la calle de punta á punta.

Las llamas, alargándose y retorciéndose como serpientes rojas, lamían la fachada antiquísima, tostando las enredaderas de los balcones, cuyos cristales saltaban en pedazos. Un lienzo de pared se desplomó de golpe arrastrando consigo vigas, ladrillos, grandes trozos de yeso y enormes conchas de cal. Cayó pesadamente, como un alud alpino, haciendo estremecer la tierra con su golpetazo de titán, y tan cerca del grupo de obreros, que á poco más los aplasta.

Cundía el terror entre la gente, porque el palacio ardía como la yesca y en el pueblo aquel jamás hubo ni una mala bomba de que echar mano. Se oyó decir con horror: “La millonaria está dentro. ¡Se va á achicharrar la infeliz! . . .”

ra con la fuerza de un bofetón y el escozor de un pinchazo; y el crujir ronco y seco de una viga le dió sudores de muerte, erizándole el cabello. Se detuvo, respiró cuanto podía, y cerrando los ojos y embistiendo á las llamas en un combate cuerpo á cuerpo, echó escaleras abajo, con el terror de un poseído, y se plantó en la calle con la millonaria en los brazos . . .

III

Al otro día, Agustín, con un calenturón enorme, deliraba en su catre de mendigo, arrojándose en una colcha asargada. Tenía un brazo en cabrestillo y de cuando en cuando daba gritos incoherentes, decía palabras sin ilación, con un tono que daba miedo.

En el cuarto, velando al enfermo, estaban su mujer, el “compañero” González y la millonaria. Agustín volvió en sí, abrió los ojos y vió á los tres que le miraban ansiosamente. El “compañero” cayó sobre él con un discurso que ardía en un candil. Que por qué se metió en camisa de once varas; que se puso á la muerte por un rico; que de-



En el “meeting” no cabía un alfiler.

Los sencillos jornaleros acudían en manadas, como los mendigos cuando reparten bonos: creían aquellas buenas gentes que con oír á González se acababa para siempre la vida perra y cruel de cavar de luz á luz por tres reales. González venía á ser el Redentor de los jornaleros . . . Y ¡claro! en cuanto abría la boca, como les prometía el oro y el moro, los pobres no se daban abasto en aplaudir.

Agustín, el jardinero, dicho se está que tenía la boca abierta. Oía á González y le parecía que era él mismo quien estaba hablando. Toda aquella aversión furiosa renacía en el trabajador esclavo, saliendo, como una explosión, en las palabras más rencorosas y de más odio . . .

De pronto, oyéronse las campanas que sonaban de un modo alarmante, con un “tan, tan,” seguido, como toque de rebato, y una voz dijo: “¡Fuego! ¡Hay fuego! . . .”

En un santiamén quedó el local vacío del todo. Los del “meeting” salieron atropellándose, dándose pisotones, empujándose con violencia por ver quién llegaba antes. Por el pueblo corrió la noticia como una exhalación.

La gente se asomaba á las puertas, iba y venía como loca; las mujeres con caras de angustia, sujetaban á los chiquillos para que huyeran del pe-

Y entonces, sin saber cómo, el pensamiento de Agustín, fresco aún y acabadito de regar con odio por los discursos socialistas, se paró de golpe, como un reloj al que se le salta la cuerda; y el corazón, aquel corazón de obrero, de esclavo, de oprimido, sintió el mandato irresistible de una piedad redentora. Dicho y hecho: Agustín, con gran asombro de los demás, de un salto se metió en el portal, empuñando una piqueta. La cerradura de la cancela saltó hecha añicos, y el jornalero tiró escaleras arriba con la agilidad de un saltimbanqui y la resolución de un desesperado.

Atravesó las habitaciones desocupadas, cuyos muebles ardían en silencio, como víctimas propiciatorias á un Moloch ebanista, y gallardamente penetró en la alcoba de la millonaria.

Casi á tientas, porque no se veía de tanto humo, asfixiándose con aquel aire enrarecido, halló en un sillón, como muerta, á la pobre señora. Los criados pusiéronse en salvo, como Dios les dió á entender, dejándola sola, enferma, inútil, en aquella tribulación de morir abrazada.

Gritó hasta quedar ronca, y sin fuerzas ya, perdió el conocimiento y cayó en el sillón como un fardo.

Al verla Agustín, la levantó en vilo con sus puños de gañán, y con ella á cuestras, fué á buscar salida. Pero una oleada de fuego le pegó en la ca-

bió mirar la vida de aperreo que estaba llevando. Y tanto y tanto le predicó, que de nuevo acudieron al pensamiento de Agustín los odios africanos y otra vez miró sombríamente á la millonaria, como arrepintiéndose de haberla salvado.

Pero la santa mujer, despojándose de lo que más preciaba, rindiendo su vanidad indómita ante aquel hombre pobretón, se arrodilló junto al catre diciendo:

—Te debo la vida, Agustín. Después de Dios, tú serás el amo de mi casa.

Y entonces, incorporándose y extendiendo hacia González el brazo en cabrestillo, dijo el trabajador:

—Véte. Que si mi pensamiento es un loco, mi corazón “está en su sitio.” No, no me arrepiento. La salvé porque era mi obligación.

Y cuando la millonaria abrazó al jardinero, la colcha raída del catre y el vestido lujoso de la dama se agitaron suavemente, como si se besaran con el amor de los amores.

Cristobal de Castro.

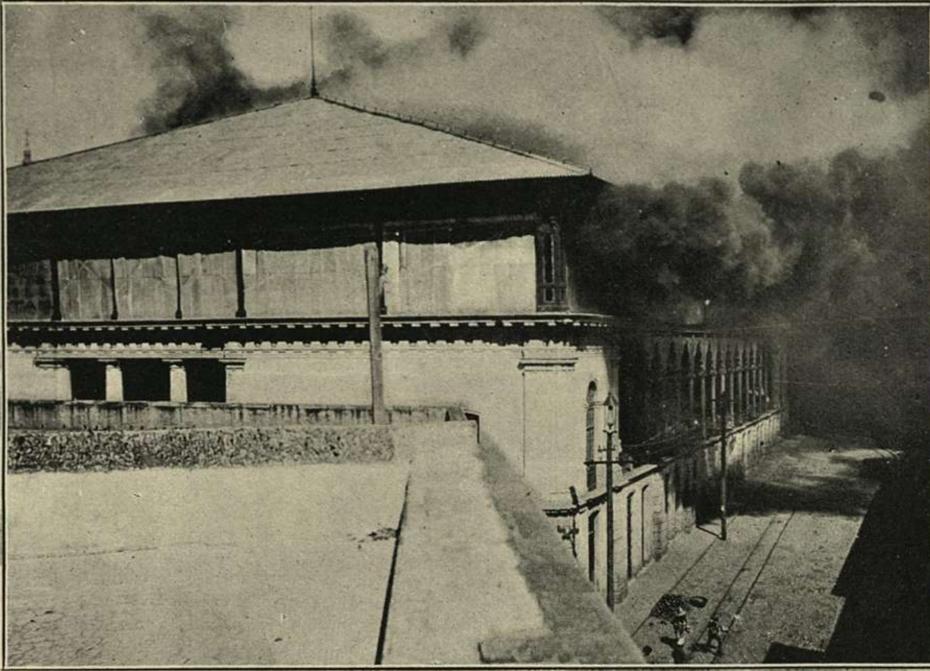




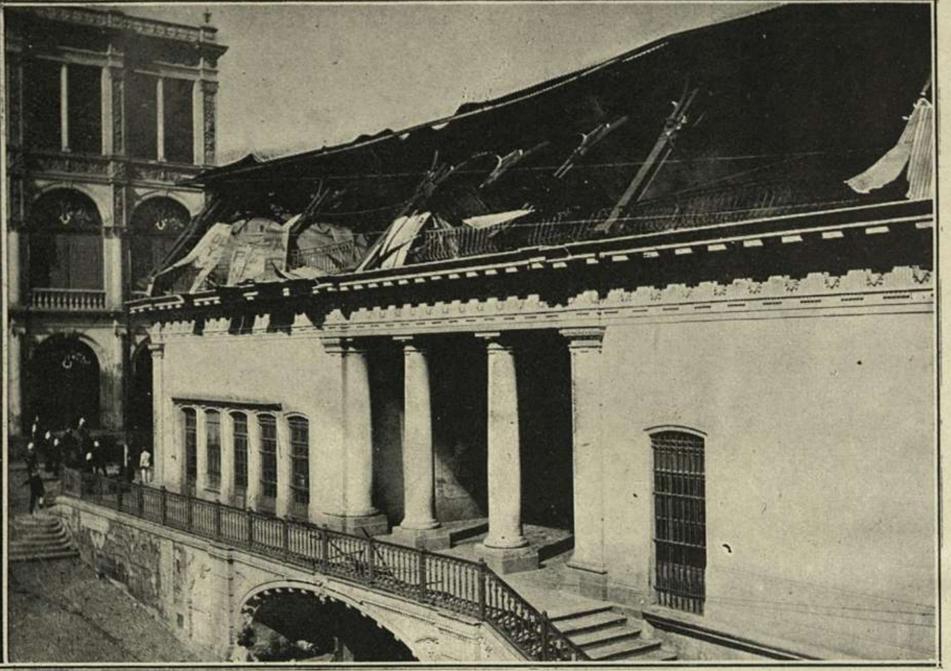
EL JUICIO DE PARIS.

Cuadro de B. Koch.

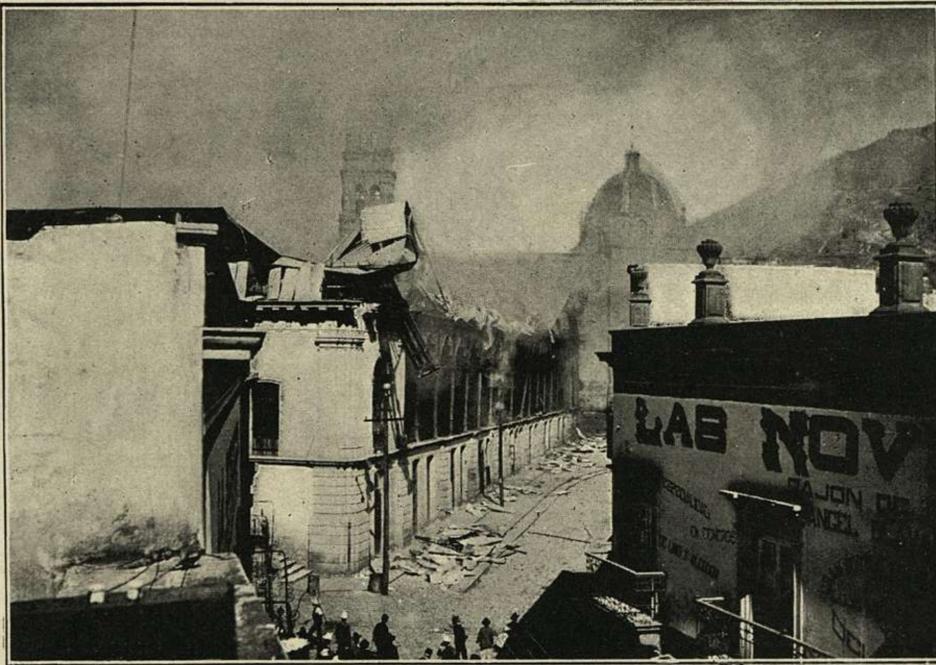
El Incendio del Mercado de Zacatecas.



El momento crítico tomado á las 12 h. 5 m. p. m.



Lado sur poco antes de incendiarse la finca que se ve y poner en peligro el Teatro.



Desplome del techo á las 12 h. 14 m. p. m.



Aspecto de la esquina S E á las 12 h. 20 m. p. m.



Aspecto del lado poniente al siguiente día.



Interior del Mercado tomado 24 horas después del incendio.

DESASTRE FERROVIARIO.

En el kilómetro 244 de la línea del Ferrocarril Nacional Mexicano, descarriló un tren de pasajeros la mañana del martes próximo pasado.

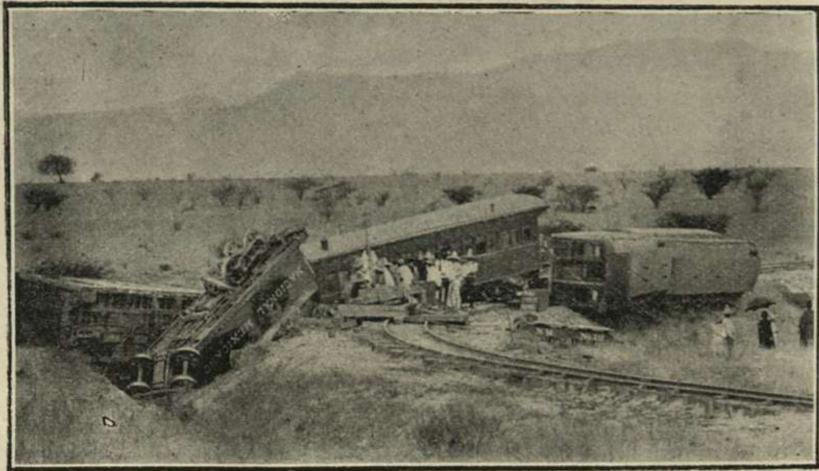
El desastre fué terrible, como puede verse en la instantánea que nos ha proporcionado el Sr. Don Bernardino Gómez, pasajero del tren á que nos referimos.

El número de las desgracias personales no ha podido determinarse, pero entre los heridos se cuentan: el conductor del tren, dos pasajeros apellidados Avila y García, los empleados del Express y de Correos, y el garrotero Alberto Escobedo.

El Agente postal es el herido de mayor gravedad.

Los auxilios á las víctimas fueron especialmente prestados por la familia Guiard que posee cerca del lugar del siniestro una finca de campo denominada "El Molino del Salto." Todos los elementos con que cuenta la familia fueron puestos al servicio de las víctimas.

Se rumoraba que en la confusión fueron robados algunos bultos del departamento de balijas. Nada se ha asegurado sobre el particular.



El Incendio del Mercado de Zacatecas.

Uno de los edificios más notables con que contaba la capital del Estado de Zacatecas, era sin duda el del "Mercado principal", construcción situada en lo más céntrico de la ciudad, y notable por su amplitud y arquitectura.

Momentos antes del mediodía del domingo 8 del corriente mes, ese edificio fué destruido por el fuego.

La descripción que un periódico de la localidad hace del siniestro, es bien gráfica:

"Cinco minutos antes de las doce, algunas personas abservaron que empezaba á salir humo denso por la esquina Sureste del último piso del "Mercado principal" y dieron luego la voz de alarma. La multitud que llenaba el segundo piso de aquel edificio, compuesta especialmente de señoras y niños que hacían sus compras, entró en horrible confusión al oír la terrible frase: "el Mercado se quema," y cada cual procuraba salir el primero. Por fortuna las puertas, que por tres distintos puntos dan acceso al Mercado, son amplísimas y todo el mundo salió sin dificultad, no habiendo que lamentar más que el extravío de tal ó cual chico á quien la mamá ó la pilmama, en extremo nerviosa, dejó perder en la multitud.

Entretanto el fuego, en el piso alto encontraba elementos poderosos para desarrollarse, pues allí estaban todas las barracas de la Lotería que, desde el mes de Septiembre, se había establecido con autorización de la Asamblea; barracas armadas con tiras de madera y manta, y revestidas con cerca de cincuenta mil kilos de heno, que en el espacio de tres meses había tenido tiempo sobrado

para secarse y arder como pólvora. El fuego, por consiguiente, invadió todo el local de la Lotería con una rapidez vertiginosa, y las barracas quedaron destruidas en poco tiempo, comunicándose entonces el fuego á las bancas, sillas y demás mobiliario, é invadiendo la "Academia de música" que se encontraba pared por medio del local de la "Lotería." Generalizado así el incendio en la parte superior del "Mercado," la esbeltísima armadura de su techumbre, caldeada por aquella monstruosa hoguera, cedió á impulsos del viento, y perdiendo el equilibrio, se desplomó con formidable estrépito, quedando las cuatro soberbias columnas que en los ángulos la sostenían, dislocadas y colgantes hácia afuera, amenazando con su caída á los temerarios.

Fué entonces cuando el incendio llegó á su colmo: el viento, sin dique ya que se lo impidiera, barrió aquella inmensa superficie ardiente, activando de un modo espantoso la combustión del piso; un penacho inmenso de humo y de llamas diversamente coloridas coronó nuestro magnífico "Mercado", dándole un aspecto verdaderamente grandioso, y amenazando envolver en una conflagración los edificios inmediatos.

Caldeadas las armaduras de fierro que sostenían el pavimento del último piso, carbonizaron las extremidades de las vigas, y éstas, á medio arder, empezaron á desplomarse sobre el segundo piso con crugidos siniestros, formando una nueva hoguera, más terrible, más espantosa que la primera.

Entonces fué cuando el peligro se hizo inminente para las casas vecinas: por la esquina Sureste el fuego se había comunicado ya á una maderería, recrudeciéndose allí el incendio de un modo formidable con los poderosos elementos que encontró, y lanzando un torrente de llamas sobre una

casa particular; en la esquina Noroeste el fuego invadió la tienda de "La Concordia," y por último, en la esquina Suroeste, estalló el incendio en una Mercería, dando el toque final á aquel cuadro siniestro y aterrador, y sembrando el pánico entre los millares de espectadores que lo contemplaban, porque á la generalización del incendio, que tomó proporciones colosales, se unieron los múltiples estallidos de la inmensa cantidad de cartuchos que en la mercería se encontraban.

Mientras el Mercado ardía en toda su extensión, en la Catedral se desarrollaba también terrible drama: henchida de gente que había concurrido á la misa de doce, en los momentos en que el viento lanzaba sobre la Catedral columnas densísimas de humo, creyeron los devotos que el templo ardía, y aguijoneados por el pánico que en tales casos se produce, todo el mundo se lanzó á las puertas; pero al llegar á la principal y á la del Sur, se encontraron con la policía impiendo el paso, y entonces, por un movimiento inconsciente, llevados sólo de la idea de escapar de un peligro que creían tener sobre sí, volvieron sobre sus pasos para lanzarse todos hácia la puerta del Norte, única vía franca que se les había dejado.

Allí no escasearon las desgracias personales.

Las pérdidas ocasionadas por este siniestro, son cuantiosas".

FUNERALES

DEL

Exmo. Sr. Don José Hygino Duarte Pereira

La muerte del distinguido diplomático brasileño, Don José Hygino Duarte Pereira, que á más de representar á su país ante nuestro Gobierno, lo representaba ante la 2a. Conferencia Internacional Americana, dió lugar á que se manifestara la estimación que merecía el conspicuo finado, por sus valiosas cualidades civiles.

La muerte del Sr. Hygino Duarte Pereira ocurrió en el departamento que el diplomático ocupaba en el Hotel de San Carlos, é inmediatamente se dispuso que el cadáver fuera trasladado al salón donde se efectúan las sesiones de la 2a. Conferencia Pan Americana.

Dicho local quedó transformado en Capilla ardiente; se colocó el féretro en el centro del salón, y los Delegados de las naciones americanas hicieron guardia, por turnos, á los lados del catafalco. La translación del cadáver se hizo con toda pompa, y en nuestra instantánea se vé el momento en que la carroza fúnebre, seguida de la comitiva, pasaba por frente al portal de Mercaderes.

Ya los diarios han hecho una reseña detallada de cada uno de los actos solemnes que precedieron al depósito del cadáver del Sr. Duarte Pereira en el Panteón Francés.

Toca á nosotros dar esta descripción gráfica siguiendo los momentos principales de ese acontecimiento tan penosamente doloroso.

El cadáver del Sr. Duarte Pereira reposa ya provisionalmente, en el panteón de la familia de los Sres. Romero Rubio; de allí será probablemente trasladado al Brasil, tan luego como cesen los peligros á la salubridad que podía haber ocasionado la enfermedad infecciosa que privó de la vida al sentido diplomático.



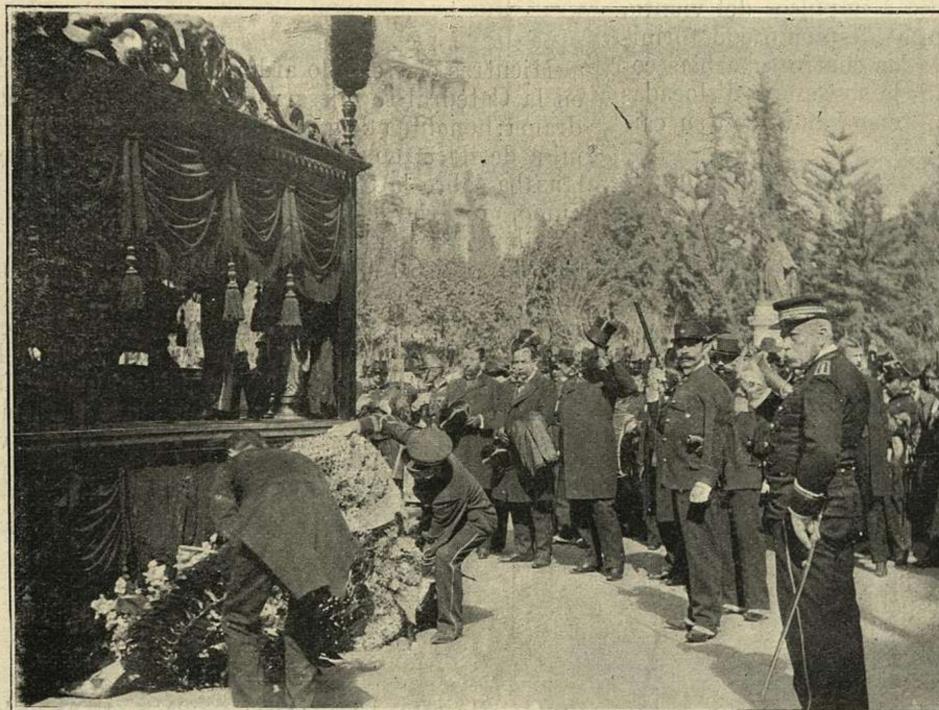
Translación del cadáver del Sr. Duarte Pereira del Hotel de San Carlos al Palacio Nacional.



La ceremonia en la capilla ardiente, tuvo la solemnidad más acentuada. La concurrencia era tan numerosa como lo permitía la amplitud del salón donde efectúa sus sesiones la Segunda Conferencia Pan-Americana. Todos los Poderes estaban representados por sus más altos funcionarios.



El féretro fué llevado en hombros hasta la carroza, en tanto que las bandas militares ejecutaban marchas fúnebres, y las fuerzas presentaban armas. La comitiva comenzó á organizarse, caminando tras el ataúd el Sr. Gobernador del Distrito, y el Ayuntamiento de la ciudad.



Las coronas eran numerosísimas y fueron colocadas en la carroza. Presenciaban las fúnebres disposiciones, en primer término, los señores General Reyes, Delegado de Colombia, Antonio Bermejo, de la Argentina, y Fernando Guachalla, de Bolivia. Después, la comitiva se puso en marcha.



Tras la comitiva, formada por los señores Delegados, caminaban los señores Ministros de Estado y el Cuerpo Diplomático, de riguroso uniforme. Las fuerzas militares ya comenzaban á desfilar para tomar sus lugares en el extremo Sur del Palacio Nacional.



La carroza llegó á la puerta del Panteón Francés. El ataúd fué tomado en hombros y conducido, por la calle principal, á la capilla. Tras el féretro caminaba una compañía de infantes, haciendo guardia á la bandera mexicana, cubierta con crespones.



El señor Presidente de la República, después de haber acompañado el ataúd hasta la capilla, se retiró del Panteón con el señor Embajador de los Estados Unidos, el señor Ministro de Relaciones, y los señores Raigosa, Estupinián, Fontaura Xavier y Grimaraes.



MENSAJERA DEL INVIERNO.

Cuadro de Gastón Linden.



¿Qué queréis? ¿Un cuento?

Voy á contaros una historia. Es una historia sencilla y triste. No se habla de reyes ni de conquistadores, no aparecen guerreros ni mágicos prodigiosos. No os deslumbrará el relato de proezas extraordinarias, ni hará cerrar vuestros ojos el brillo de tesoros babilónicos.

Si fuera algo de eso no os lo contaría. Es una historia triste, melancólica, dulce. No os hará reír, no os hará llorar; pero es fácil que os haga pensar. Un niño que piensa ha empezado á ser hombre.

¿De cuándo es mi historia? No me lo dijeron al contármela, pero no hace falta. Pudo suceder hace siglos, pudo desarrollarse ayer, podrá ocurrir mañana.

Mientras el corazón exista, y los fisiólogos todavía no han descubierto todavía que se pueda vivir sin él, puede tener lugar mi historia.

Tiene ésta su heroína. Rubios son sus cabellos, de un rubio pálido, que hace recordar el adiós del sol en un día de invierno; azules y grandes sus ojos, reflejo del cielo; de nácar su rostro con palideces de santo y arreboles de iniciado, cuando las miradas de aquellos ojos soñadores fíjanse en la inmensidad con que se confunden.

Y esta heroína se muere.

Su alma es un soplo divino que quiere volar al infinito; y se escapa por los ojos, que sólo tienen miradas para el cielo; por entre los labios, que parecen hechos para la oración; á través de la carne de aquel cuerpo, que quiere despojarse de lo terreno para volar á lo eterno. Sinte anhelos que no sabe explicarse, ansias de vida y de libertad que nunca vió satisfechas, temores de llegar demasiado tarde á un más allá cuyo límite le es desconocido.

Todo esto sin definirlo, esbozado, vislumbres no más de un espíritu apenas formado cuando ya caduco para la vida terrena y dispuesto para la jornada grande y definitiva. La heroína de mi historia espera la muerte, y la espera pensando en la vida. Un tránsito del dolor al placer, de la obscuridad á la luz, de la duda á la certeza, de la mentira á la eterna verdad, de lo limitado y perecedero á lo infinito y lo eterno.

Y como es el sueño la imagen más exacta de la muerte, pensando en esto mi heroína se quedó dormida.

El hada misteriosa que habita en las regiones del sueño, intangible como el ideal, etérea como el pensamiento, azul como los cielos, ha venido á saludarla. La ha tomado en sus brazos y ha remontado con sus alas la inmensidad. Allí en lo alto puede verlo todo.

—Mira, le dice, el mundo está á nuestros pies. Son de vidrio todos los pechos, no hay secretos para nosotros en los corazones, leemos en todas las conciencias.

¿Qué pocos merecen estas alturas! Viven en la hondonada porque no podrían respirar en la cumbre. Apegados á la tierra, miasmas deletéreos

EL HADA AZUL

que de sus entrañas se desprenden, les impiden mirar á lo alto, hacia lo grande y noble.

Abajo todo es falso y grosero. El amor es cálculo; el heroísmo, una manifestación del orgullo: la caridad, un medio; la amistad, conveniencia. ¿Ves á los hombres? Corren, se afanan, luchan. ¿Por una empresa generosa, por algún noble ideal? No. Luchan por el egoísmo, por el interés, por el poder.

Quien llegar á la cumbre, para alzarse sobre los que quedaron en la hondonada, no para respirar los aires puros de las alturas.

El hada azul sigue su carrera á través del espacio, llevando á mi heroína en sus brazos. De nuevo se detiene y le habla.

—Mira. Desde aquí se distingue un inmenso valle risueño y tranquilo. Es el valle de la Verdad. Aquellas luchas, desvelos y afanes que antes vimos no consiguen atravesar sus linderos. Hasta éstos llegan, y luego se deshacen como las turbulentas olas del Océano rómpense en espuma al besar las arenas de la playa. En ese valle cerrado á las concupiscencias de los humanos y sordo á los gritos de la ambición, tienen su solar las verdades todas.

Fíjate más. Así. Cada verdad es un montón de fuego, una hoguera que no se extingue jamás, porque la Verdad, como la Justicia, son eternas, como eterno es el Omnipotente que les dió la vida. De Dios nacieron y sólo con El pueden morir.

Te extrañará que esas hogueras, que representan distintas verdades, sean también distintas en sus dimensiones. No debe llamarte la atención. En esto, como en todo, cúmplase la ley de la Naturaleza, que es la ley de Dios. Verdades grandes y verdades pequeñas, corazones hechos para amar un ideal y corazones sólo dispuestos para un instante de pasión, almas superiores capaces de conquistar la Verdad única y almas miserables para las que el momento es inmensidad. Para cada verdad, un alma y un corazón capaces de comprenderla y amarla.

Cada hoguera es una verdad.

El Amor, aquella que con llama inquieta y encendida brilla á lo lejos.

Inmediata á ella, llamas desiguales denuncian la Virtud. No es grande, porque no es esta verdad la que con preferencia persiguen los humanos.

Aquel botón de fuego apenas perceptible, es la Justicia. Hay momentos en que se diría que va á extinguirse, y es que los hombres parece que luchan por matarla, más que por ~~reservarla~~ y darle vida.

Más hogueras se distinguen. Unas apenas lucen, otras brillan á intervalos; de la vida de muchas de ellas apenas si se ven las señales.

Si no les falta por completo, es porque su existencia es inmortal.

En cambio, en el centro de ese prado de rojas llamaradas, una hoguera descuella, cuya vida es exuberante, cuyos resplandores dan tintas de aurora al cielo y á la tierra. Vivo y potente es el incendio, como si diligentes é invisibles geniecillos se encargaran de alimentarlo.

Contra sus lenguas de fuego y sus columnas de humo, los humanos son impotentes. Lejos de apagarla, tienen que mantenerla de combustible.

Es la hoguera más grande, y como la verdad que representa, es insaciable y eterna.

Es la muerte.

Y cuando la heroína de mi historia, después del paseo misterioso en brazos del hada, despertó, pudo sonreírse, con los últimos rayos de sol que moría en el ocaso, y pensar, sin miedo, en el próximo tránsito que la conducía, por fin, á la verdad y á la vida.

Emilio Dugi.



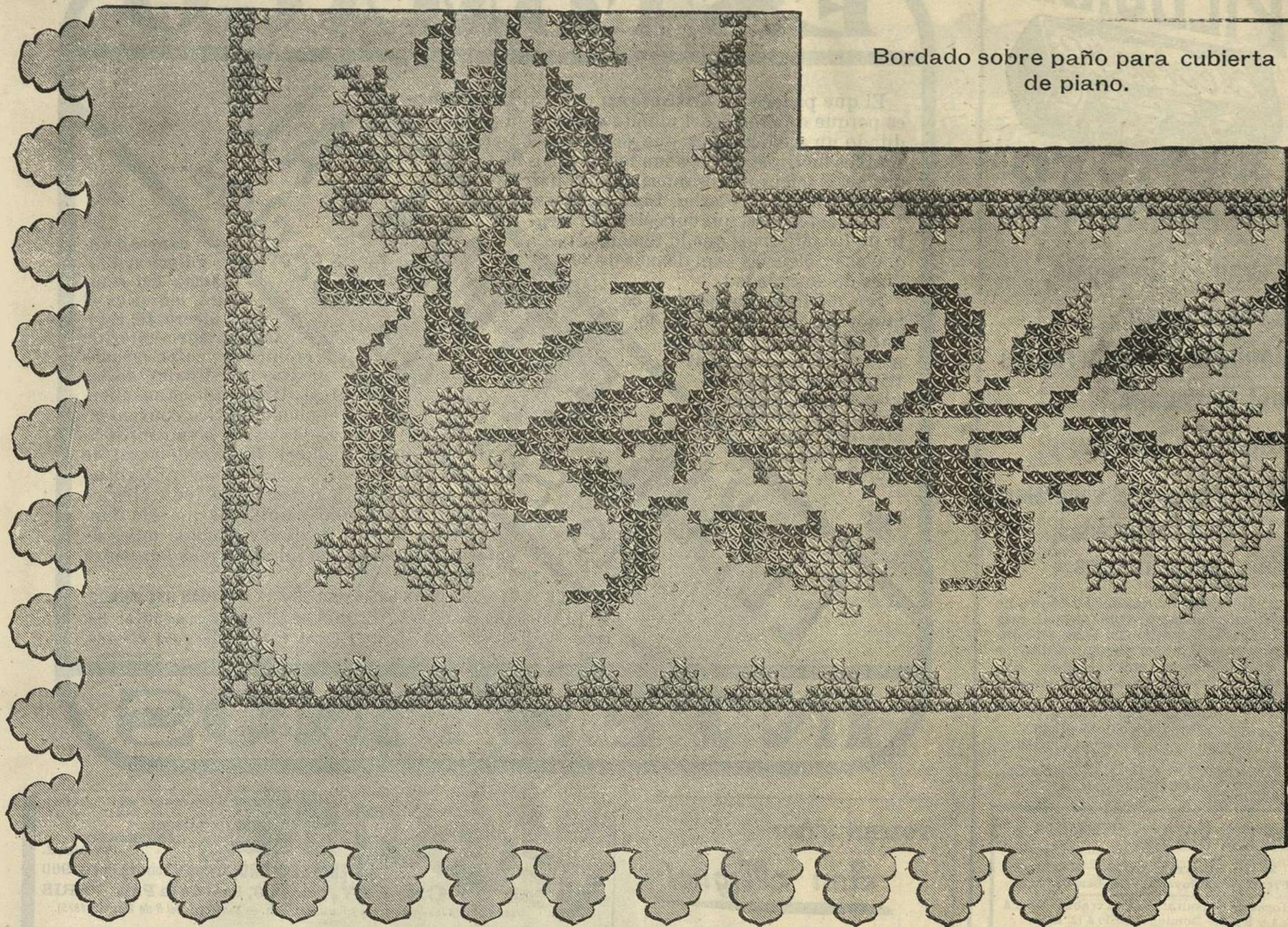
LUISA SEGOVIA.



Acaba de celebrar su beneficio en el Teatro Hidalgo, una artista que promete cumplir una buena carrera en el escenario del drama: la Señorita Luisa Segovia.

“El Mundo Ilustrado”, como impulsador de cuanto signifique un refuerzo en el arte, dá esta nota á sus lectores, rindiendo un agradable tributo.

La señorita Luisa Segovia nació en la capital de España, el 21 de Enero de 1879, siendo su padre el distinguido académico y diplomático Don Antonio María Segovia, secretario que fué de la Real Academia Española.



Bordado sobre paño para cubierta de piano.

RECETAS DE COCINA.

Galdo gordo.

Escáldese la carne para lavarla bien y póngasela en una olla llena de agua; cuando esté hirviendo, échesele un vaso de agua fría para hacer subir la espuma. Espúmese bien y échese en el caldo un "bouquet" ó ramillete compuesto de la manera siguiente: ábrase una zanahoria por en medio, en toda su longitud, póngase dentro de un puerro, un tallo de apio, un cogollito de lechuga, con un poco de perifollo y átese todo junto; agréguese una cebolla con dos ó tres clavos de comer y un pedacito de tocino. Esto quita al caldo el gusto de carne fresca. Hágase hervir suavemente, y, si hay necesidad de aumentar la cantidad de caldo, agréguese agua hirviendo; en ningún caso debe echarse agua fría.

El caldo se hace en una olla de barro ó en una marmita de cobre estafiada. En las casas modestas es preferible la primera, porque se maneja más fácilmente y se puede colocar al fuego de la chimenea. Aconsejamos que se emplee una olla ó marmita cuya capacidad sea próximamente de un litro de agua para una libra de carne.

Si se emplea una marmita, es preciso ponerla á hervir en el hornillo; y una vez que haya empezado á hervir, puede continuar cociendo, puesta de lado al fuego, ya en la chimenea, ya en el hornillo mismo. Si se hace el caldo con carne de vaca, pídense de preferencia de cuarto trasero ó del muslo.

Si se emplea el carnero, deben preferirse las partes correspondientes á las ya indicadas. Se hace también á veces caldo refrescante con la carne del cuello.

Galdo de pescado.

Pónganse en una cacerola toda clase de pescados. Los mejores son: el racazo, la morena, el San Pedro, el pajel, la lubina y la pescadilla. Pónganse á hervir cubriéndolos de agua y

sazónense con una cebolla, unas ruedas de zanahoria, apio, un cogollo de lechuga, perifollo, perejil, una hoja de laurel, dos clavos de comer, un poco de aceite excelente ó manteca, sal, y un ajo, si se quiere. Después de una buena cochura, pásese por un tamiz; este caldo es excelente para las sopas y las salsas blancas de pescado.

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número.... 1.054,731, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de.... 100,000 plata mexicana), y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y renombrada como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del período de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan atractivos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINNELL.

COMPañÍA DEL FERROCARRIL
DE
Atchison, Topeka y Santa Fé.

Vía El Paso á New York,

Denver, San Francisco, Kansas City, Chicago

Santa Fe
Route

El último, más elegante equipo y servicio superior.—Igualdad de cuotas. Conecciones, tiempo y atenciones espléndidas.

Carros dormitorios Pullman, directos, sin cambio en la Frontera.

Los Restaurants y Carros Comedores de Harvey en la Línea de Santa Fé son renombrados en el mundo entero.

Boletos y dormitorios en los coches Pullman, por la vía del Ferrocarril de Santa Fé, de venta en todas las oficinas de boletos.

PRECIO ESPECIAL PARA BUFFALO.

Para precios, itinerarios y otros informes, dirigirse á

W. S. Farnsworth,
Agente General.

Plazuela de Guardiola, Ciudad de México, D. F.

PÍLDORAS del Dr. AYER

Curan la Dispepsia,
Estreñimiento,
Jaqueca y Desarreglos
del Estómago,
Hígado y Vientre.

Son puramente vegetales,
Son azucaradas,
Son purgantes.

"Con las Píldoras del Dr. Ayer, he obtenido siempre una acción más segura todavía que con otras píldoras muy en uso y que por su crédito se han familiarizado entre el vulgo. Son muy fáciles de tomar y no causan dolores ni repugnancia."

A. MARTINEZ VARGAS,
Catedrático de Medicina,
Granada, España.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer y Ca.
Lowell, Mass., E. U. A.

Dr. J. J. ROJO - DENTISTA -
Facultad de México
2a. de Plateros núm. 5. - México.
Frente a la joyería "La Esmeralda."
Horas de consulta: Días de trabajo de 8 á
1 y 3 á 6. - Domingos de 10 á 12. a. m.

ESTOMAGO

El que padece del **Estómago** ó de los **Intestinos** es porque quiere. En el mundo entero está ya acreditado un medicamento que se abre paso por sus propios méritos, y lo recetan los médicos de todas las Naciones. Nos referimos al Elixir Estomacal de Saiz de Carlos, Tónico, Digestivo y Antigastrálgico, que cura el 98 por ciento de los enfermos que lo toman, aunque sus dolencias sean de más de 30 años de antigüedad.

Los médicos que nos han comunicado sus resultados, lo han ensayado en las enfermedades siguientes: gastritis crónicas, gastrálgias, dispepsias, gastrálgias y dispepsias con cloroanemia, hipercloridias,



ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos.



neurastenia gástrica, dilatación del estómago, mareo en el mar, úlcera del estómago, gastro-enteritis crónicas y enfermedades gastro-intestinales de los niños. Han usado en sus clientes el plan dietético conveniente en cada caso y como medicamentos sólo el Elixir Estomacal de Saiz de Carlos. Este famoso Elixir no necesita de elogios, pues todo México sabe los soberbios resultados que está dando; toda la clase médica y muchos miles de enfermos curados, son nuestros más fervientes propagandistas.

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y BOTICAS DEL MUNDO.

El autor **Dr. SAIZ DE CARLOS**, médico y farmacéutico. Serrano 30, Madrid (Esp.) Agente general: **Carlos Serra Prats**.

INTESTINOS

TOMEN VINO

San Miguel.

LA VELOUTINE Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto
HIGIÉNICO, ADHERENTE, INVISIBLE.
MEDALLA DE ORO, Exposición Universal Paris 1900
CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, PARIS
Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. - Sentencia del 8 de Mayo de 1875.

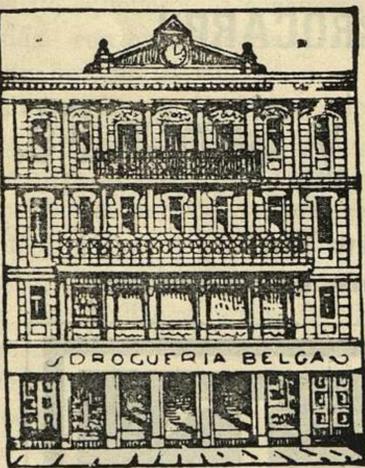
FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO
Crema Veloutine, nuevo Coldcream. Lapices especiales para ennegrecer pestañas, cejas.
Crema Camelia, Crema Emperatriz. Blanco de Perla en polvo, blanco, róseo, Rachel.
Rojo y Blanco en chapetas. Pomada Roja para los labios, en botes y en rollos.
Los Productos de CH. FAY se encuentran en el Mundo entero, en casa de los principales Perfumistas y Droguistas.

- DROGUERIA - BELGA -

SOCIEDAD ANONIMA
(Antes "Drogueria Universal.")

Teléfono 214 MEXICO. Apartado 281.

Drogas y productos químicos para la farmacia y la industria. Especialidades de Patente de todos países. Perfumerías finas de las marcas las más acreditadas. Gran Surtido de Papel. Azulejos. Mosaicos. Cemento. Barnices. Cristalería. Aparatos para la Química.



GRAN FÁBRICA DE ÁCIDOS Y PRODUCTOS QUIMICOS DE S. ANTONIO ABAD.

Ventas por mayor y menor A precios sin competencia.

EMULSION ALMARAZ.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Purgativos, Depurativos y Antisépticos



Contra el **ESTREÑIMIENTO**
y sus consecuencias: JAQUECA, MALESTAR, PESADEZ GÁSTRICA
SIN CAMBIAR SUS COSTUMBRES ni disminuir la cantidad de alimentos, se toman con las comidas, y despiertan el apetito.
Exíjase el **Rótulo adjunto en 4 Colores**, impreso sobre las cajitas azules metálicas y sobre sus envoltorios.

Toda cajita de carton u otra clase, no será mas que una falsificación peligrosa.
Paris, Farmacia **LEROY**, 9, Rue de Cléry y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Grandes Ganancias Para Los Agentes

Vendiendo nuestras acreditadas Lámparas.

Son mas brillantes que la electricidad, mas baratas que el Petróleo. Miles de testimonios de gente que las ha usado por dos años. Tienen los últimos adelantos. Son permitidas por las Compañías de Seguros Contra Incendios. Es la fábrica mas grande en este ramo en los Estados Unidos. Cuarenta y tres estilos para adentro y fuera de la casa. Tenemos lámparas de presión de aire y presión de gravedad. Los precios mas bajos. Se venden al menudeo en los Estados Unidos de \$4.00 oro americano para arriba. Una lámpara como muestra, á mitad de precio. Se dará la agencia dentro de esclusivas comarcas á individuos ó comerciantes. Somos tambien traficantes en grande escala en manteles. Catálogos ilustrados se envían gratis.
STANDARD GAS LAMP CO.
118-120 Michigan Street, Chicago, U. S. A.



PETROL.

Unica preparación para restablecer, vigorizar y hermoear el cabello. Impide la prematura caída del pelo, evita las canas y limpia la cabeza. Preferible á toda preparación de quina.

De venta en todas las Droguerías y Perfumerías.

ANEMIA - CLOROSIS
CONVALESCENCIAS,
ENFERMEDADES
del CORAZÓN,
TRABAJO
EXCESIVO

VINO ECALLE
(Kola-Coca)
TÓNICO
y RECONSTITUYENTE

El más activo, más agradable y menos irritante de los tónicos y de los estimulantes.

H. ECALLE, Farmacéutico de 1^a Clase, 38, Rue du Bac, PARIS.

MORRHUOMALTOL
GLICEROFOSFATADO

Cinco veces más activo que el Aceite de Hígado de Bacalao.

Reconstituyente General de los Sistemas Óseo, Nervioso y Sanguíneo.

AFECCIONES del PECHO y de los BRONQUIOS
DEBILIDAD GENERAL - PERTURBACIONES DIGESTIVAS
NEURASTENIA, FOSFATURIA, etc.

**POUDRE, SAVON &
CRÈME SIMON**

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Réhusee los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange butelière, Paris



Crema Rosada "ADELINA PATTI"

Compuesta de substancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN DROGUERÍAS Y PERFUMERIAS.